

AÑO I — BARCELONA 30 DE ABRIL DE 1882 — NÚM. 18

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL IMPROVISADOR, por Scheurenberg

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL

SARAH BERNHARDT EN BARCELONA

Acabamos de ver á la gran actriz y bajo la impresion que nos ha producido escribimos las presentes líneas. Ahora comprendemos su fama y nos explicamos su fortuna, á través de todas las naciones y de todos los públicos.

Una concurrencia brillante, deslumbradora, llenaba el hermoso *Teatro lírico*: la moda, el especial renombre de la actriz, y hasta la fama de sus trajes y joyas, excitando vivamente la curiosidad, llenaron el vasto coliseo. Despues todo desaparece, hasta la prevencion con que es recibida al presentarse. Su esbelta figura, sus incomparables ojos, el ritmo de sus movimientos, las líneas esculturales de sus actitudes y sobre todo su voz que recorre todos los tonos y ofrece todos los matices y filigranas, ejercen en el público una fascinacion irresistible.

Pero se necesita verla y oirla de cerca para no perder una sola de sus frases, uno solo de sus movimientos. La Bernhardt reune mezcladas en proporciones maravillosamente equilibradas la naturalidad, el realismo y la poesía.

Reproducir fielmente la imágen de la vida real, hasta aquí se habia considerado muy difícil; pero envolver la realidad en una aureola de poesía, sin que la naturalidad sufra un momento, ya no es cualidad de un exquisito espíritu observador, sino del genio que crea. Este es el mérito de la Bernhardt.

Y en tanto es una verdadera creacion la Margarita Gauthier que representa la famosa actriz, que no vacilamos un momento en afirmar que hasta ahora no habíamos visto, no conocíamos aún el personaje de Alejandro Dumas. Otras actrices, cargando el acento en ciertas situaciones, imprimiendo en su rostro una expresion exagerada, arrastrándose por el suelo, lloriqueando y tosiendo pueden habernos impresionado más; ninguna nos ha gustado tanto. La exageracion es un recurso vulgar; el verdadero mérito estriba en esa armonía rara y difícil en la cual sin haber alturas ni precipicios, saltos y sobresaltos, no hay tampoco la más leve monotonía ni se descubre el menor átomo de esfuerzo por parte del artista. La suavidad y la distincion son las notas predominantes de la Bernhardt; y hay en ellas tales primores que causan maravilla.

Cortesana en el acto primero de la *Dama de las Camelias*, reune á la frivolidad cierto sentimiento ideal que revela el inmenso vacío que su alma siente. Al ver á Armando se diria que un aura refrigerante refresca su agostada frente. Durante el banquete rie y fustiga á sus admiradores con acentos que asemejan el chasquido de un latigazo. Luégo quiere entregarse locamente á la orgía, y á las primeras vueltas del valz, se oprime su pecho, palidece su rostro y su cabeza cae sobre el hombro de Armando. Aun da algunas vueltas; pero los gérmenes de la terrible enfermedad que ha de acabar con ella, retienen sus pasos cual si oyera un acento de muerte, al entrar por vez primera en la vida del amor.

En el acto segundo pinta de un modo admirable lo agri-dulce de su pasion: Armando ha invadido su alma; se propone evitarlo y se siente impotente. Al recibir la sentida carta en que su amante se despide, corre en su busca, con un afan, con una fiebre, que arrancó un aplauso estrepitoso. En la escena de la reconciliacion, estuvo admirable. La cortesana cedia por fin á las sensaciones del amor verdadero, entregaba su alma á Armando.

En la famosa escena con el padre de Armando, en el tercer acto, no supimos que admirar más, si su voz, su rostro ó sus actitudes. Cuando escribió la carta, y sobre todo, al despedirse del sér á quien idolatraba y por quien hacia el sacrificio de su amor y de su existencia, mostró tales primores de expresion y sentimiento, que sólo la realidad puede de ellos dar una idea exacta.

La escena final del cuarto acto tuvo en la Bernhardt una intérprete feliz, que si se quiere, estuvo ménos expresiva que otras actrices de mérito indisputable; pero indudablemente, y de la manera más exacta, dentro del carácter que ha dado al personaje.

¡Quién podrá describir las conmovedoras escenas del último acto! Desde que aparece tendida en el lecho, levantándose, para probar sus decaidas fuerzas, mirándose con asombro al espejo y viéndose tan demudada, recibiendo los regalos de sus admiradores con el lánguido abandono propio de su estado, hasta que recobra á su Armando, premio tardío de su abnegacion, y en sus ensueños, ya imposibles, muere de pié y cae desplomada, dando media vuelta sobre el brazo de su amante, la Bernhardt está pasmosa! El arte no tiene un más allá, el corazon palpita, la inteligencia se siente subyugada, y las manos se juntan para estallar en entusiasta aplauso.

Pero lo más sorprendente es que la actriz realiza tan soberbios efectos sin apelar á un sólo recurso de relumbron: ni tose, ni debilita su voz, ni modera la rapidez de su palabra, ni para mirarse al espejo se levanta del sofá, recorriendo la estancia con paso vacilante y agarrándose á los muebles.

Margarita muere por no poder resistir la alegría de recobrar á su amante. La llegada de Armando es su golpe de gracia: al verle, su débil pulmon no puede absorber el aire que su expansion hace necesario. Así pues, ¿á qué preparar este desenlace, acumulando todas las torturas, todos los sufrimientos anti-artísticos de la tisis?

El buen gusto de la eminente actriz se rebela contra este naturalismo tan impropio del carácter de la obra de Dumas. Por esto hemos dicho que hasta ahora no conocíamos áun *La Dama de las Camelias*.

El público ¿á qué negarlo? no se mostró tan entusiasta como era de esperar. Puede haber contribuido á ello, por una parte, la falta de preparacion para apreciar un trabajo enteramente nuevo; pero hemos de creer que fué debido, ante todo, al vasto recinto y á la sonoridad especial del teatro, que hace que se perciba el rumor de una silla ó de un baston y se pierda la voz de los actores. Casualmente el más exquisito primor en la palabra y en los movimientos es el distintivo de esta notable actriz.

Los que estén léjos del escenario deben ir al teatro provistos de gemelos y trompetilla acústica.

J. R. y R.

NUESTROS GRABADOS

EL IMPROVISADOR, por Scheurenberg

El oficio de improvisador es uno de aquellos medios de vivir que, como decia el ilustre Larra, no dan de vivir. Desempéñale comunmente un versificador que no es poeta, el cual acompaña sus cantos con un instrumento que profesa poco más ó ménos como la poesía. En Italia es muy comun el improvisador; pero seguramente en ningun país se improvisa tan felizmente como en Andalucía, donde los hijos del pueblo inventan cantares llenos de dulzura unas veces, de energía otras, y siempre conteniendo cierta filosofía de que no harian asco muchos profundos pensadores. El improvisador de nuestro cuadro parece hallarse bien con su suerte; tiene cara de Pascua, y sin duda es un *bon vivant* que explota sus facultades ni más ni ménos que los bohemios su pretendido don de adivinanza, es decir, halagando la debilidad de los hombres y áun más la de las mujeres. De fijo que el autor de esa bellísima figura ha querido representar el momento en que el improvisador dirige una copla galante y aduladora á alguna fea invisible, á la cual compara con el sol y la luna y todas las constelaciones celestes. Su picaresca sonrisa deja comprender el efecto que á sí propio se causa. ¿Hacian otra cosa los antiguos trovadores que pedian hospitalidad en las mansiones feudales?... ¡Pobres copleros!... ¡Cuánta paciencia ó cuán poca aprension se necesita para holgazanear á expensas de una inventiva que no siempre tiene ocurrencias y de una guitarra que no siempre tiene cuerdas!...

EN LA PLAYA, por B. Giuliano

El artista de nuestros tiempos no se parece en nada al de aquellos felices dias en que el arte se empleaba casi exclusivamente en pintar para los conventos á razon de tantos platos de sopa por jornal, ó poco ménos. Hoy por hoy, un pintor de regular talento tiene asegurado su porvenir en la sociedad que se honra acogiendo y comprando sus obras; y en lugar de recorrer casi mendigando los lugares en donde presume hallar elementos de inspiracion, viaja en coches de primera, se hospeda en hoteles de idem, y cuando apunta en su *álbum* alguna de sus impresiones, tiene la certeza de que con el producto del ideado cuadro obtendrá medios sobrantes para dilatar en otra campaña los horizontes que estimulan su genio. Tal es la historia del cuadro que reproducimos. Su distinguido autor tomó el apunte en una de sus excursiones veraniegas; del papel pasó al lienzo, y con el precio de éste pudiera comprar holgadamente una linda casita en esta playa que tiene tan hermoso cielo, tan mansas aguas y tan lindas muchachas. Ahora bien, dígase lo que se quiera, no deben ser tan malos unos tiempos en que la gente de dinero retribuye largamente á los artistas y en que estos pueden vivir tan holgadamente como Rubens, sin deber su fortuna á la diplomacia, y mucho mejor que Murillo, que apénas podia vivir seis meses con el producto de una de esas *Concepciones* que actualmente representan una fortuna.

LA PARTIDA DE AJEDREZ, por Induno

Representa este hermoso cuadro la escena culminante del celebrado drama de su mismo título, escrito por Giacosa. Su argumento es tan sencillo como interesante. El conde Renato habita con su hija Yolanda un suntuoso castillo feudal, tras de cuyas murallas ha crecido en años y hermosura la soberbia castellana. Duques y condes han pretendido la mano de la jóven, cuyo vírgen corazon no ha sentido aún el amor; y su viejo padre, sin más deseo que la felicidad de Yolanda, ha dejado á ésta completamente libre en la eleccion de esposo. Llega en esto al castillo un antiguo amigo del conde, Oliverio de Fombrone, que se ha librado del poder de unos malhechores, gracias á su paje Fernando, que le acompaña. Fernando es apuesto, valiente, entendido, y aunque jamás conoció á sus padres, asegura que andando el tiempo álguien ha de gloriarse de llevar en las venas sangre suya. Las palabras del jóven, que Renato cree pura baladronada, excitan la bilis del viejo baron, quien, para castigar al paje, que afirma no conocer superior en el juego del ajedrez, le propone el siguiente empeño. Fernando jugará con Yolanda (jugadora de primera fuerza); si el paje gana la partida se casará con la noble castellana; si la pierde, perderá asimismo la vida. Yolanda y Fernando empiezan el juego, sin que aquella conozca el precio de la victoria, y en este estado sucede lo que naturalmente ocurre en toda comedia: el paje se prenda de la castellana y sus distracciones le hacen cometer algunas malas jugadas; Yolanda lleva gran ventaja á su contrincante, su padre empieza á arrepentirse de una apuesta que promete tener un resultado sangriento, el mancebo se niega pundonorosamente á rescindir el empeño, y en él perdiera la vida, si la jóven, que ha traslucido algo de la cosa y que á su vez se ha enamorado del paje, no apelara al ingenioso recurso de hacer una mala jugada, de tal suerte que su contrincante no puede dejar de darla jaque-mate. Este momento decisivo de la partida y del drama, representa el cuadro de Induno, feliz interpretacion de un asunto agradable.

REGALO DE BODA, por Lumley

En un matrimonio concertado como Dios manda y la prudencia aconseja, entra por mucho, casi por todo, el amor que respectivamente se profesan los contrayentes. En semejantes casos, el regalo de boda tiene una importancia bastante secundaria en el problema que se va á resolver. Despues de todo, el adorno más preciado de la novia será siempre su juventud, su belleza y su modestia. Pero no faltan desgraciadamente proyectos de enlace en que Dios y la prudencia se quedan de la parte de la calle: cuando esto ocurre, el demonio, que se ha metido á casamentero, se introduce en el hogar de la novia bajo la seductora forma del regalo de boda. Entónces, creedme, jóvenes prometidas, el peligro es más grande y difícil de conjurar de lo que á primera vista parece, porque los diablos saben mucho, y el diablo de la vanidad puede ser maestro de todos ellos. ¿Hay alguna regla para descubrir los cuernos del demonio entre los preciosos objetos de un joyero? Una hay, y por cierto bien sencilla: siempre que al levantar la tapa del estuche, el brillo de los diamantes altere de tal suerte vuestra vista que desaparezca de ella la imágen de vuestro prometido, cerrad la caja; cerradla al punto; el diablo os quiere jugar una mala pasada.....

LA CONCIENCIA

Cuento popular recogido en Vizcaya

I

Cuando Cristo y los apóstoles andaban por el mundo sucedieron cosas muy dignas de contarse, y si los evangelistas Juan y Lúcas y Mateo no las escribieron, como escribieron otras, fué porque dijeron:

—Algo hemos de dejar para que el pueblo cristiano lo cuente á la orilla de la lumbre á sus pequeñuelos en las veladas de invierno, y sus pequeñuelos lo escuchen y crean como si fuera el evangelio, y lo tengan presente nuestros venideros para arreglar á ello sus acciones, y como se lo contaron á ellos sus padres lo cuenten ellos á sus hijos, y así, de generacion en generacion, vaya pasando hasta la consumacion de los siglos, y en el mundo cristiano haya dos Biblias, una escrita y la otra oral, una sagrada y la otra profana, una santificada con la palabra de Dios y otra embellecida con la candorosa fe de los hombres de buena voluntad.

¡Oh dulce y tierna y piadosa madre mia, que ya descansas bajo los sauces y los cipreses del santo huertecillo guarecido por la iglesia de nuestra aldea! estoy seguro de que sonríes regocijada cuando ves que tu hijo es, como tú, aficionado á la parábola, que si por haberla contado él no es santa, lo es por haberla inventado Jesus. ¡Oh madre! haz descender á mí la sencilla elocuencia de tu palabra y la ingente ternura de tu corazon para que la parábola que voy á reproducir tenga en mi pluma algo de lo sencillo y tierno que tenia en tus labios cuando la recogí de ellos!

II

Entre las historias que recogí de los labios maternales, no es ciertamente la más tierna y dulce la de Juan de la Cabareda, pero compensa su aridez su filosofía. Esta historia no se puede contar punto por punto, porque unos la cuentan de un modo y otros de otro, pero esto no debe parecer grave inconveniente al narrador, puesto que todos están conformes en lo esencial.

La historia de Juan de la Cabareda ha dado orígen en las Encartaciones de Vizcaya á diversos refranes que en sustancia no son más que uno, como lo prueban los siguientes:

—Esa es la historia de Juan de la Cabareda que áun pintada de blanco resulta negra.

—Lo de Juan de la Cabareda, que es como cada cual lo cuenta.

—A ese le pasa lo que á Cabareda, que no le acusó el alcalde y le acusó la conciencia.

—Aquí tenemos á Juan de la Cabareda que era sordo de oído y no de conciencia.

—Como Cabareda es ese, que confesó su delito sin preguntarle el Teniente.

¿No es verdad que estos refranes son suficientes para que el ménos curioso entre en deseos de saber la historia del Cabareda que suena en ellos?

A mí me entraron estos deseos, y acudí á mi

madre en demanda de la historia, y la obtuve tal cual la voy á contar.

Juan de la Cabareda era un vecino de Arcentales, que segun unos vivió en tiempo de Mari-Castaña y segun otros en el siglo pasado. Es muy posible que unos y otros tengan razon en esto, aunque á primera vista parezca esto imposible: la conciencia humana es coetánea de la humanidad, y Juan de la Cabareda no es más que su encarnacion. Así como los del siglo presente la han encarnado en un hombre del siglo pasado, es muy posible que los del siglo venidero la encarnen en un hombre del siglo presente.

Yo me atengo, al contarla, á la opinion de mi buena madre que hacia á Juan de la Cabareda hijo del siglo en cuyas postrimerías vino ella al mundo.

III

Juan de la Cabareda habia abandonado el valle natal mozuelo de poco más de quince años, y habia vuelto á él de poco más de treinta. ¿Dónde habia estado durante este tiempo? El decia que primero habia estado en Madrid de paje de un consejero de Estado, y despues en América con el mismo consejero.

¿Qué aventuras habia corrido? Las que contaba, reducidas á que su amo y señor murió, y despues de llorarle mucho, emprendió la vuelta al valle natal, nada tenian de extraordinarias y mucho ménos de desfavorables á su honra y cristiandad.

Juan, que era fama habia traido algunos miles de ducados, casó á poco de su regreso con una hermosa arcentaliega, huérfana y con algunos haberes, cuyo único defecto era el tener pocos más años que la mitad de los suyos; compró una buena casa y hacienda con lo suyo y con lo que su mujer le llevó en dote, se dedicó á la labranza y la ganadería, se metió á *ferron*, como se llamaba á los que explotaban ferrerías propias ó arrendadas como lo eran las de Juan, tuvo un hijo y una hija, y así vivió hasta llegar á los cincuenta y tantos años, como uno de los más acomodados y felices moradores de las Encartaciones; pero al llegar á aquella edad empezaron á llover desgracias sobre él y su familia, precisamente cuando ésta tenia más elementos de felicidad, porque la mujer de Juan habia obtenido de un tio suyo una gran herencia, con condicion de que habia de pasar á sus hijos y á falta de éstos á su marido.

A su mujer se la encontró muerta en la cama, una mañana en que Juan habia salido de casa algunas horas ántes dejándola apaciblemente dormida.

Su hija comió unos *perrechicos* (como llamamos aquí á las setas veraniegas) y murió envenenada con ellos ántes de que llegara el cirujano, á quien habia corrido á buscar su padre.

Y por último, su hijo subió á un cerezo muy alto que tenia al pié un pedregal, á coger, por mandato de su padre, una cesta de cerezas, y habiéndose roto la *quima* donde se apoyaba, cayó y se mató.

Lo que de Juan de la Cabareda se sabia, las desgracias que sobre él y su familia habian llovido y la bondad de su carácter y trato, eran más que suficientes para que todos sus convecinos y conocidos simpatizasen con él; y sin embargo de esto, con él no simpatizaba nadie.

Se preguntaba á los arcentaliegos la razon del despego y la desconfianza con que le trataban y su única contestacion era esta:

—Juan de la Cabareda debe ser, ó cuando ménos debe haber sido, un pícaro.

Se les volvia á preguntar porqué pensaban tan mal de Juan de la Cabareda, y su contestacion era:

—No sé, pero ¡hum!...

Esto movia á los que tal preguntaban y tal contestacion obtenian, á murmurar:

—¡Con razon se llama tontos á los de Arcentales!

IV

El pobre Juan de la Cabareda era digno de compasion, y sin embargo, en Arcentales ni en ninguna otra parte, nadie le compadecia.

Andaba siempre ensimismado y triste, envejecia rápidamente, dormia poco y eso lleno de sobresalto, y empezaba á ponerse sordo.

Solia ir á misa mayor á San Miguel de Linares, y la oia desde el coro, como la mayor parte de sus convecinos. Un dia, el señor cura leyó unas amonestaciones, y al llegar á la advertencia: «Si alguno supiese algun impedimento, etc.», Juan de la Cabareda se tapó los oídos con ambas manos, exclamando en voz alta:

—¡Infame! ¡infame! ¡infame!

Es de suponer la sorpresa, el escándalo, y hasta la indignacion que esta inesperada salida causaria en el auditorio y hasta en el mismo señor cura.

Juan de la Cabareda, aturdido y sin duda pesaroso y avergonzado de ello, tomó rápidamente las escaleras del coro y desapareció de la iglesia sin detenerse siquiera á tomar el sombrero, y se le vió huir como un loco hácia su casa, que estaba en uno de los barrios más apartados.

Desde entónces, ningun dia festivo oia misa en ninguna de las dos iglesias del valle, sino en Villaverde, ó en Trucios, ó en Labarrieta ó en Béci.

Algunos le compadecian creyéndole loco, ó poco ménos que loco, pero la generalidad de las gentes, sin saber porqué, le creia criminal y se abstenia de compadecerle.

La sordera de Juan de la Cabareda no era aún la que se compara con la de las tapias, sino de esa que los sordos advierten diciendo: Soy un poco tardo de oído; pero cada vez era mayor.

Por aquel tiempo hacian mucho ruido en Bilbao, y aun en toda Vizcaya, dos médicos, uno del alma y el otro del cuerpo: el primero era un misionero del convento de San Francisco de Zarauz, llamado fray Francisco Antonio de Palacios, y el segundo, un doctor en medicina y cirugía, llamado D. Pedro Antonio de Larrínaga, de quienes se contaban prodigios en sus respectivos ministerios.

Un dia, Juan de la Cabareda anunció á los pocos vecinos con quienes trataba, que iba á Bilbao á consultar al sabio médico Larrínaga acerca de su sordera, pero en Arcentales no faltaron maliciosos que sospecharon fuese á consultar al santo misionero Palacios acerca de su conciencia.

Juan de la Cabareda, cabalgando en una mula venatera y carbonera que entónces no faltaba en ninguna casa de las Encartaciones, bajó á Traslaviña y tomó rio abajo.

Entónces casi todos los de Arcentales que iban á Bilbao subian al barrio de Santelices, pasaban por Béci, atravesaban por Avellaneda, bajaban á Zalla y seguian Cadagua abajo. Hasta el ver que Juan de la Cabareda tomaba distinto camino, dió que hablar á los arcentaliegos, que decian por lo bajo:

—Los aires de Avellaneda no le parecen á Juan de la Cabareda saludables.

Es de advertir que en Avellaneda, lugar del concejo de Sopuerta, estaba la capitalidad de las Encartaciones, que tenian allí la cárcel y la audiencia de un teniente del corregidor de Vizcaya.

El trayecto de poco más de media legua que media entre Traslaviña y Labarrieta, pequeña feligresía de Sopuerta, es una lóbrega barranca por cuyo fondo pedregoso y estrecho corre lo que impropiamente he llamado rio, pues aunque en Traslaviña dan el nombre de Entrambos-rios al lugar donde se juntan dos arroyos que juntos y con el pomposo nombre de rio corren hácia Labarrieta, es lo cierto que estos dos arroyos juntos apénas componen un riachuelo.

Por lo visto, con algunas localidades sucede lo que con algunas mujeres: hay localidad que sin tener atractivo ni mérito alguno, vuelve locos y arruina á los hombres, cuyo caso se ha visto en la que media entre Traslaviña y Labarrieta, que á fines del siglo pasado y principios del presente arruinó nada ménos que á tres hombres que pasaban por de mucho seso: un D. José Ignacio de Gallatebeitia, que construyó en ella una gran *fundería*, un D. Dionisio de San Juan de Santa Cruz, que construyó una gran ferrería y un molino, y un tal Rumbana, que construyó una aceña con pretensiones de fábrica de harinas, como ahora se ha dado en llamar á los molinos.

La fundería ó artefacto para convertir las toscas barras de hierro en cuadradillo, cabilla y áun chapa, funcionó un poco de tiempo con gran dificultad y se abandonó para siempre por falta de agua que le sirviese de motor. La ferrería y el molino, apénas funcionaron veinticuatro horas, tambien por falta de agua, que siendo escasa al partir de la presa, quedaba reducida á poco más que nada para cuando llegaba al camarado ó cubo, por escapes y filtraciones en los cauces. Y por último, la aceña apénas llegó á moler, por desconocer su dueño y director las leyes más elementales de la hidráulica.

Resulta, pues, que D. José Ignacio, D. Dionisio y Rumbana, locamente enamorados de la cañada en cuestion, se arruinaron por ella.

V

Cuando Juan de la Cabareda emprendió su viaje á Bilbao para consultar al sabio médico Larrínaga sobre su sordera, se estaba construyendo la fundería de D. José Ignacio, y éste presenciaba aquellas magníficas obras, que hoy son monton de ruinas, como las de la ferrería y el molino de D. Dionisio, que estaban un poco más arriba, y las de la aceña de Rumbana, que estaba un poco más abajo.

Juan de la Cabareda saludó á D. José Ignacio al pasar, advirtiéndole que se habia quedado un poco tardo de oído, con cuyo motivo iba á consultar al sabio médico Larrínaga, y luégo le preguntó cómo iba la obra.

—Así, así,—le contestó;—van despacio las obras de palacio.

Juan de la Cabareda dió sobre su mula un salto de sorpresa entendiendo que D. José Ignacio le decía: ¿Con que va usted á confesarse con el padre *Palacios?* y continuó su camino disgustado y pensando cómo podia D. José Ignacio saber una cosa que él no habia dicho á nadie.

Al pasar por junto á la iglesia de Santa Cruz de Labarrieta se detuvo á saludar á dos vecinos del barrio, que conversaban y fumaban en el pórtico, y como le preguntasen á dónde iba, les contestó que iba á Bilbao á consultar á un médico sobre su sordera.

—Que vaya bien en la ausencia,—le dijeron.

Y al oir esto, Juan de la Cabareda dió otro salto de sorpresa sobre su mula, entendiendo que le decian que desahogase bien la *conciencia*.

Tan pensativo continuó su camino que más abajo de Labarrieta, en un robledal que llaman los Palacios, se paró la mula á pacer, y Juan, sin reparar en ello, permaneció largo rato sumido en sus cavilaciones y sin echar de ver que se le acercaba un arcentaliego que le dijo:

—Hola, Juan, ¿V. por los Palacios?

Juan de la Cabareda dió un nuevo salto de sorpresa y disgusto, entendiendo que el arcentaliego le decia estar enterado de que iba á confesarse con el padre *Palacios*.

Sin contestar al arcentaliego continuó Juan de la Cabareda su camino rio abajo,—sí, rio abajo, porque allí el rio, enriquecido con unos cuantos arroyos afluentes, es ya un verdadero rio, donde más de cuatro veces estuve á punto de ahogarme cuando chiquitin haciendo prematuros ejercicios de natacion.

Cuando llegó al llano de Lacilla, donde la estrecha cañada se abre formando una llanurita redonda que el rio adjudica por mitad á una sombría arboleda y á las heredades de un molino, que ha sobrevivido á su compañera la ferrería, ya iba el pobre Juan más muerto que vivo, persuadido de que todos pensaban que iba á hacer confesion general con el padre Palacios y no á consultar al médico Larrínaga sobre su sordera.

Pero pregunto yo, haciéndome eco de la curiosidad y de la extrañeza de todos los que vayan leyendo este cuento: y aunque fuese cierto que todos pensasen que iba á ver al confesor y no al médico, ¿qué mal habia en eso? Al parecer no habia mal alguno, pero por lo visto Juan de la Cabareda no era de esta opinion, porque, como hemos visto, le habia llegado al alma, ó más bien, le habia espantado, la suposicion de que cuantos habia encontrado en el camino supiesen que iba á confesar con el padre Palacios.

La molinera de Lacilla, que era muy buena mujer y habia sido amiga de la de Juan cuando ambas eran solteras, estaba resallando la borona en una pieza de orilla del camino, y cuando vió á Juan descolorido y cabizbajo como reo á quien llevan al patíbulo, se asustó, dejó la azada, le salió al encuentro, y no queriendo dar á entender que en su cara habia conocido que estaba muy malo, trabó conversacion con él en los prudentes términos que vamos á ver.

—Hola, Juan, ¿V. por aquí?

—Sí, voy á Bilbao á ver si el médico Larrínaga me da algun remedio para esta pícara sordera. Y usted ¿qué se hace?

—Pues resallando la borona andamos, aunque probablemente será en vano, porque así que empiece á granar nos la destrozarán los jabalíes. Los malditos ya han empezado á venir al olor de ella, como lo prueban las hozadas que V. ve entre esos ciroleños.

Juan se estremeció de piés á cabeza al oir el nombre de ciroleños, cuyo nombre dan en las Encartaciones al yaro, que abunda mucho en Vizcaya y cuyas raíces, que el naturalista Bowles dice pierden toda su acritud una vez secas y pueden reemplazar al cazabe de América, gustan extraordinariamente al jabalí.

Juan de la Cabareda, cuando oyó la palabra ciroleños estuvo á punto de continuar su camino sin valor siquiera para despedirse de la buena mujer que la habia pronunciado.

—Vamos,—continuó la molinera,—véngase V. al molino á descansar un rato y tomar algo, por ejemplo una tortillita con *perrechicos* muy hermosos que ha cogido el chico esta mañana.....

La molinera se interrumpió viendo que Juan de la Cabareda habia vuelto á estremecerse y como espantado cogia el ramal de la mula para continuar su camino.



EN LA PLAYA, por B. Giuliano



LA PARTIDA DE AJEDREZ, por Induno

—Qué, ¿se ha de ir V. sin tomar nada al pasar por casa de la que fué tan amiga como yo de la difunta?

Un nuevo estremecimiento de Juan volvió á interrumpir y sobresaltar á la molinera.

—Espérese siquiera,—añadió ésta,—á que el chico suba al cerezo á coger unas cerezas con que vaya V. mojando la boca.

El aturdimiento y el espanto de Juan de la Cabareda fueron tales al decir esto la molinera, que aquel hombre singular hostigó violentamente con los talones á la mula y continuó su camino sin acertar á pronunciar una palabra de agradecimiento ni de despedida, dejando á la molinera llena de asombro y áun de afliccion, pues creiá que el infeliz se habia vuelto loco.

VI

Juan de la Cabareda, siguiendo rio abajo, más porque el instinto de la mula guiase á ésta que porque la guiase Juan, se acercaba á Mercadillo de Sopuerta.

Al llegar á un llanito cubierto de castaños próximo á la presa del molino y la ferrería de Llantada, que distaba sólo trescientos pasos de la calzada que cruzaba el concejo viniendo de Castro-Urdiales y dirigiéndose por Avellaneda á Balmaseda, se encontró con unos muchachos de la escuela que estaban nadando en la presa.

La figura del pobre hombre cabalgando en la mula con la cabeza baja, las piernas colgando verticalmente é inmóviles, el rostro pálido y desencajado, los brazos en posicion é inmovilidad análogas á la de las piernas y murmurando su boca palabras ininteligibles, era para dar compasion, pero dió risa á los muchachos, que empezaron á chungarse con aquel hombre para ellos desconocido.

—Allá va D. Quijote,—gritó uno de ellos.

—*¡Garrote!!*—murmuró Juan aterrorizado—¡Ah! tienen razon..... Y lo merezco!.... Más vale el alma que el cuerpo.....

Murmurando así, llegó Juan al crucero de la fuente de Atucha y allí se detuvo dudando entre atravesar la calzada y continuar el camino de Bilbao ó tomar la direccion de Avellaneda.

—Sí, sí,—murmuraba,—perezca el cuerpo con tal de que á su costa se salve el alma.

En aquel momento dos hombres armados aparecieron sobre el alto y estrecho puente de Llantada que áun subsiste á pesar de haberle hecho casi innecesario otro construido un poco más arriba hácia 1828 al construirse la carretera de Castro á Balmaseda, y al mismo tiempo un caballero montado en una mula de silla pasaba el rio por un poco más arriba del puente.

El caballero era el Teniente corregidor de las Encartaciones, y los armados dos individuos de un cuerpo de diez ó doce que con el título de Partida volante se habia creado en virtud de acuerdo de la junta general de Avellaneda para perseguir á los malhechores y prestar apoyo á la justicia.

El Teniente corregidor iba de Bilbao y le daban escolta los dos *volantes* que pasaban el puente.

Juan de la Cabareda no conocia de vista al Teniente general, porque, léjos de sentirse impulsado por la curiosidad á acercarse á él y verle, se habia sentido siempre impulsado por el temor á alejarse de él. A pesar de esto, apénas le vió no le quedó duda alguna de que aquel era el Teniente.

Este salió al crucero seguido de los dos *volantes* que se habian retrasado un poco con el rodeo del puente.

Juan, inmóvil en su mula, salió de su inmovilidad únicamente para descubrirse la cabeza.

—Buenos dias, amigo,—le dijo el Teniente como correspondiendo á aquella cortesía.

—Iré como V. lo manda,—contestó Juan aterrorizado, creyendo que el Teniente le decia: venga V. *conmigo.*

Al Teniente le extrañó no tanto la incongruencia de aquella contestacion como el terror del que la daba.

—¿Qué tiene V., hombre?—le preguntó.

—¿Que soy mal hombre? Sí señor, lo soy por mi desgracia y más aún por la de otros.

Incomodado el Teniente con estas salidas de tono y de concepto que creyó fuesen una burla, exclamó:

—Lo que es V. es un pollino.

—Sí señor, soy un asesino infame y merezco morir en un patíbulo.

Así exclamando, Juan se echó á llorar.

—Este hombre es un gran criminal ó un gran loco,—dijo el Teniente dirigiéndose á los *volantes* que acababan de salir al crucero.—Sea uno ú otro merece ser atado, y eso es lo que Vds. van á hacer ahora mismo.

Los *volantes* sacaron sendas cuerdas de que iban siempre provistos para los casos en que fueran necesarias, ataron los piés y las manos al desconocido, tal como estaba en la caballería y sin que él opusiera la menor resistencia, y teniendo uno de ellos del ramal la caballería, siguieron todos hácia Avellaneda, precediendo al teniente general los volantes y el preso.

A su tránsito por Mercadillo y Carral, que son las principales barriadas del concejo, no faltó quien preguntara á Juan á dónde le llevaban.

—A donde merezco!—contestó Juan con profunda resignacion; y no faltó tampoco quien añadiera por lo bajo:

—Primero á frente del Angel y despues al torrejon!

El Angel era una capilla consagrada al de la Guarda, donde se decia misa para que los presos la oyeran desde las rejas de la cárcel, y lo que era el torrejon pronto lo sabremos.

VII

La cárcel, el consistorio y la casa del Teniente general de las Encartaciones estaban en la falda de un collado por donde iba la calzada.

En la cima de otro collado de la parte opuesta, á la izquierda de la carretera que en nuestro tiempo sustituyó á la antigua calzada, existen aún las ruinas de un antiquísimo torreon que en mi niñez áun conservaba poco ménos que completos sus cuatro fortísimos muros exteriores.

El torrejon de Avellaneda, con cuyo nombre se designaba aquel edificio, fué durante algunos siglos el cadalso donde se ejecutaban las sentencias de muerte dictadas por el Teniente corregidor de las Encartaciones y confirmadas en caso de apelacion por el juzgado especial de Vizcaya en la Chancillería de Valladolid, y allí se ejecutaban aún al acercarse á su término el siglo que precedió al nuestro.

Pocos meses despues de aquel triste viaje que Juan de la Cabareda emprendió á Bilbao y terminó en Avellaneda, muchedumbre de gentes de toda la Encartacion y pueblos aledaños, se dirigian á la cabeza foral encartada á presenciar el suplicio en garrote de un gran criminal que ofrecia la singularidad de no haber querido apelar al Juez mayor de Valladolid. Este criminal era el parricida Juan de la Cabareda, á quien el grito de su conciencia habia entregado en manos del verdugo, despues de sufrir tormentos en cuya comparacion los del último suplicio eran pequeños.

En vano he buscado en los protocolos de los escribanos encartados el proceso de aquel criminal, que acaso pereceria en manos de los chicos de la escuela convertido en monteras y cometas, cuando era costumbre darles estos procesos para que se ejercitaran en la lectura de manuscritos; pero un «Nuevo y curioso romance» impreso en Bilbao por Antonio Manuel de Egusquiza, impresor del Señorío, me ha consolado algun tanto del resultado negativo de aquella diligencia.

Segun el nuevo y curioso romance, Juan de la Cabareda murió confeso y convicto de crímenes que horrorizan.

La codicia habia sido el móvil principal de todos sus crímenes. Cuando casó en Arcentales, cometió el de bigamia, pues habia casado en América, donde vivia aún su mujer.

Su segunda mujer habia sido muerta por él derramándole en la boca, estando dormida, algunas gotas del zumo de una planta que abunda mucho en Vizcaya y no debo nombrar, porque aspiro, y siempre he aspirado, á enseñar lo bueno y no lo malo (1).

Su hija habia sido envenenada por él trayéndole del monte é instándola á que friera y merendara unos *perrechicos*, en cuyos pedúnculos habia introducido arsénico.

Y la muerte de su hijo habia sido preparada por él la víspera del dia en que mandó al muchacho subir al cerezo, aserrando incompleta y disimuladamente una de las *quimas* ó ramas del árbol, de modo que al apoyarse en ella el muchacho, éste cayese en el pedregal donde habia colocado las piedras de punta para que se hiriese más gravemente.

Y todo esto lo habia hecho para quedar él único heredero de su mujer y sus hijos, y sin contar que dentro de sí mismo llevaba un implacable delator de sus crímenes: ¡la conciencia propia!

¡Ah! no sin razon se dice en las Encartaciones que á Juan de la Cabareda no le acusó el alcalde y le acusó la conciencia!

ANTONIO DE TRUEBA

Bilbao, 1881

(1) En efecto, la planta á que me refiero pasa por inofensiva, pero de un experimento que yo hice en mí mismo, deduje que basta derramar en la boca de una persona una gota de su zumo para causar la asfixia.

COSTUMBRES DE FILIPINAS

EL GOBERNADORCILLO

Diferencia notable obsérvase generalmente en las costumbres, usos y organizacion política y administrativa de los distintos países de Europa, y aún más en los de América; pero esta diferencia es infinitamente mayor tratándose de los pueblos oceánicos, como se ve en nuestras provincias filipinas, donde no han sido suficientes más de tres siglos de ocupacion para implantar allí por completo las costumbres de la madre patria.

Proponémonos apuntar lo que de más esencial existe, lo que más resalta, bajo todos aspectos, en la especialísima manera de ser de aquellos pueblos, concretándonos por hoy á describir un tipo de originalidad suma, cuyas funciones, no obstante, son de altísima importancia.

Llámase *Gobernadorcillo*, en Filipinas, al funcionario que ejerce la autoridad suprema en aquellos pueblos, con dependencia, naturalmente, del Gobernador civil de la provincia.

Es circunstancia precisa para el ejercicio de dicho cargo, ser indio, natural ó mestizo, de buena conducta, contar algunos servicios al Estado en cargos municipales, saber leer y escribir, no ser contratista de la Hacienda ni dependiente, bajo ningun concepto, de la iglesia ó cura párroco. Estímase como circunstancia favorable el que sepa hablar el castellano.

El cargo de *Gobernadorcillo* es electivo, relevándose el que lo ejerce cada dos años, pero pudiendo ser reelegido indefinidamente.

Los indios y los mestizos más acomodados, y en general cuantos se encuentran en condiciones para ello, cifran todas sus aspiraciones en llegar á ser *Gobernadorcillos* del pueblo de su nacimiento ó vecindad. Para conseguirlo no les parece excesivo ningun sacrificio.

Hay individuo que, sin retribucion alguna, pasa su vida desempeñando cargos municipales subalternos, harto penosos, con la esperanza de ser elegido algun dia jefe de su pueblo; otros que disimulan su carácter, fingiendo grandísima tolerancia, para captarse el apoyo de los caciques, acostumbrados á gobernar á la sombra de sus apáticos pedáneos, si bien una vez elegidos suelen hacer como el bueno de Sixto V.

El dia de la eleccion, dia solemne, con ansiedad suma esperado entre ilusiones y temores, acude presuroso el vecindario á recibir al jefe de la provincia. Ocupa éste la presidencia en el salon principal del *Tribunal*, ó sea Casa-ayuntamiento, sentado en altísimo sillon, bajo vistoso dosel, donde lucen las armas de España, ó un retrato del monarca. Acompáñanle el escribano, y oficiosamente algunos españoles peninsulares.

El cura párroco, fraile ó sacerdote indígena, invitado á presenciar el acto, colócase á la derecha del presidente. La *principalía*, compuesta de los *ex-Gobernadorcillos* y de los *Cabezas de barangay* (1), tanto actuales como los que dejaron de serlo, hállanse en pié formando correcto círculo en el anchuroso salon. La música, que desde la llegada del Gobernador no ha cesado de sonar, deja de ensordecer los aires, y, al agitar el presidente la campanilla, reina sepulcral silencio.

Depositadas en dos urnas tantas papeletas como *principales* hay presentes, comiénzase á extraer el nombre de doce electores, seis pertenecientes á los *ex-Gobernadorcillos* y *ex-Cabezas* y los otros seis á los Cabezas actuales. El *Gobernadorcillo* en ejercicio tiene siempre voto. Retirados los que no han de votar, para que no ejerzan coaccion sobre los electores, el presidente recomienda á estos en un breve discurso que voten al más digno. Escribe cada uno el nombre de dos candidatos, suscribe su votacion y entrega la papeleta al presidente, quien la dobla y deposita en una urna. Terminado esto, procédese al escrutinio, leyendo el presidente en voz alta los nombres de los candidatos y de los electores, de todo lo cual va tomando acta el escribano. El que reune mayoría de votos es propuesto en el primer lugar de la terna al gobernador general de las islas, figurando en segundo lugar el que le siguió en votos, y en tercero el *Gobernadorcillo* actual. Si hay empate se celebra nueva eleccion, y en caso de repetirse elige el presidente. El Gobernador general, prévio informe del jefe de la provincia, nombra al que tiene á bien de los tres propuestos, que generalmente suele ser el primero de la terna.

El dia designado para la posesion, concurren todos á la capital de la provincia, acompañados de

(1) Desígnase con este nombre á un funcionario, jefe de cincuenta familias indígenas, á quienes cobra las contribuciones, haciéndoles prestar los servicios comunales.

sus tenientes, alguaciles, cuadrilleros y de la música, juran cumplir bien su cometido, reciben de manos del gobernador el baston de mando, y van á la iglesia á oir un *Te-Deum,* siempre precedidos de las veinte ó treinta bandas de música que reunen, las cuales, tocando á una vez ruidosas marchas, atruenan el espacio. El *Gobernadorcillo* filipino, en el dia de su posesion, no se cambiaria por el Czar de todas las Rusias, áun sin los inconvenientes del nihilismo. Una vez en su pueblo, celebra nueva funcion de iglesia, hace disparar miles de *versos,* que son una especie de morteros, cuyo estampido es semejante al de un cañon, y obsequia á sus amigos y al pueblo en masa con un suntuoso banquete en el cual consumen fabulosa cantidad de tinajas de vino de *tuba, basi* y *nipa,* producto del país, vinos á los que tienen extraordinaria aficion. Durante la fiesta bailan y cantan las muchachas del pueblo, vistosamente engalanadas, y las viejas juegan á los naipes, fuman y mastican *buyo.*

El *Gobernadorcillo,* desde ese dia, ni deja el baston de mando nunca, ni jamás sale solo, haciéndose acompañar de un alguacil con vara alta.

En el tribunal ocupa un sillon monumental á manera de trono. Los *Cabezas* y los demás *principales* se colocan en asientos más bajos situados á su derecha é izquierda. Los dias festivos vá á la iglesia acompañado de toda la *principalía* y de los cuadrilleros armados. Precédeles la música tocando un paso doble. En el templo tiene tambien un asiento de preferencia.

Como el refran dice—y dice bien—«que no hay peor cuña que la de la misma madera,» los *Gobernadorcillos* suelen ser hasta crueles con sus gobernados. El castigo mas suave que mandan aplicar á cualquier indio no perteneciente á la clase de principales, es tenderlo sobre un banco, mueble indispensable en todos los tribunales, y haciéndole meter los brazos y las piernas en los agujeros que de exprofeso tiene el banco expresado, le hacen sufrir veinte y cinco ó cincuenta bejucazos, administrados con tal fuerza, que siempre consiguen levantar la piel al paciente. A otros los ponen en un cepo de madera, sujetos por un pié, cuando no es por el pescuezo.

El traje ordinario del *Gobernadorcillo* es chaqueta negra; la camisa, blanca ó de colorines, de *jusi* ó *sinamay,* telas muy trasparentes, por fuera del pantalon, y botas de charol ó chinelas de colores vivos bordadas en seda ú oro. Algunos hasta van descalzos. Cubren su cabeza con un sombrero llamado *salacot* ó con un hongo. En los actos oficiales ó en dias de ceremonia usan frac y sombrero de copa alta, prendas de antigüedad indeterminable, pero dejándose la camisa por fuera del pantalon, lo que hace que parezcan figuras de carnaval.

El *Gobernadorcillo* filipino disfruta en su pueblo de una autoridad omnímoda. Aparte de sus funciones gubernativas, como mantenimiento del órden, vigilancia y distribucion de los trabajos públicos, carreteras, edificios del Estado y otros asuntos análogos, ejerce tambien las judiciales, teniendo que sustanciar los juicios de faltas y otros hasta determinada cantidad. En las causas criminales instruye las primeras diligencias, elevándolas despues al juzgado de primera instancia. Si la provincia es colectora de tabaco, desempeña además el cargo de *Caudillo,* vigilando las siembras é interviniendo luégo en el aforo, enfardelamiento, custodia y remision del tabaco á los puertos de embarque. Como delegado de la Administracion provincial y de la de Hacienda pública, vigila é interviene asimismo la recaudacion de los fondos provinciales y municipales y el tributo é impuestos del Estado, percibiendo por todos sus cometidos un exíguo tanto por ciento.

Los servicios del *Gobernadorcillo* son verdaderamente importantes y sobre todo baratos. La organizacion especial de Filipinas permite, en razon á tener que trabajar todos los indios cuarenta dias para el Estado, que haya en los pueblos considerable número de individuos disponibles para toda clase de servicios públicos, como el de correos, vadeo de rios (que tienen que atravesarse en balsas de caña por falta de puentes, en época de lluvias), construccion de carreteras, sirvientes para iglesias, conventos y tribunales, etc., etc., sin lo cual seria completamente imposible que los *Gobernadorcillos* atendieran al cúmulo de obligaciones que sobre ellos pesan, en su mayoría gratuitas. Este cargo, no obstante, lo ambicionan y sirven gustosos en casi todas las provincias, tanto porque satisface su vanidad extremada, como porque, utilizándolo en provecho propio, como los más lo utilizan, les deja en posicion desahogada al término de su desempeño.

Debemos consignar que, dada la viciosa organizacion provincial de aquel país, el *Gobernadorcillo* no tiene más remedio que abusar de su cargo. Se le exigen mayores servicios de los que puede desempeñar, se le agobia á multas y viajes, y no se le consigna, en cambio, cantidad alguna para retribucion de infinitas atenciones que debieran correr á cargo de otros funcionarios, y preciso es que él se indemnice, cosa que impunemente puede ejecutar, so pena de arruinarse, si es probo.

Creemos que, dejando subsistente todo lo que de buena tiene la institucion, debieran encomendarse muchas de las actuales funciones de los *Gobernadorcillos* á otros funcionarios que al efecto se nombraran de entre los mismos *ex-Gobernadorcillos* ó *Cabezas.* De este modo se le facilitaba el mejor desempeño de su empleo, con lo cual ganaria considerablemente el servicio y no poco el Estado, pues teniendo que servir tantos y tan diversos cargos, asumiendo la autoridad única en todos los ramos, y estando en la conciencia de sus jefes que el Estado no es equitativo al recargarles tanto de trabajo, retribuyéndolos tan mezquinamente, ménos lenidad habria con ellos para la persecucion de sus exacciones, y las ventajas de la reforma redundarian en beneficio de la Administracion y de los pueblos.

Otra de las cosas que urge sustituir es el nombre. Si ántes tuvo disculpa, aunque no para nosotros, el servidor más caracterizado, que el representante del Gobierno en aquellos pueblos, fuese designado con un diminutivo ridículo, hoy semejante calificativo, considerado como denigrante por los mismos indios, lo rechazan la razon y el sentido comun y debe desaparecer, sustituyéndose por otro más propio y más en armonía con la mision importante de dicho funcionario en aquel Archipiélago.

JOSÉ MONTERO Y VIDAL

CRONICA CIENTIFICA

LA EXPOSICION DE LA ELECTRICIDAD EN PARIS

VIII

Hemos terminado la primera parte de nuestra tarea: hemos hecho la historia de la electricidad á grandes rasgos desde el ámbar y la piedra iman hasta las admirables máquinas de Gramme: y hemos puesto de relieve el más importante, y el más trascendental de todos los adelantos modernos en este ramo especialísimo de la física, adelanto que consiste en la *baratura* de la produccion eléctrica por la sustitucion del carbon de piedra al zinc, y en términos aun mas generales, de cualquier motor barato con que la naturaleza nos brinde á la accion química de las pilas hidro-eléctricas.

Sabemos, pues, cómo se produce electricidad en abundancia y á bajo precio, y solo nos resta utilizarla: ábrese aquí por consiguiente, el capítulo interminable de las aplicaciones. Pero no unos artículos, algunos volúmenes serian necesarios para estudiar la materia; y como no disponemos de estos, y aun aquellos tienen sus límites y su medida; y como por otra parte, tratar siempre de la electricidad, por interesante que sea, podria resultár monótono; y como en fin otros asuntos hay y otras invenciones que solicitan nuestra atencion y que la merecen, será preciso que con suma rapidez, y limitándonos por ahora á un mero *índice,* enumeremos en este y otro artículo las principales aplicaciones del flúido eléctrico que en el palacio de la Exposicion se han presentado al público, reservándonos para lo sucesivo, y alternando con otros asuntos, el estudio especial de las más importantes.

Comencemos, pues, nuestra rápida enumeracion.

Circula por un conductor una corriente, como circula agua por un rio: y así como puede faltar de pronto el lecho por donde va la masa líquida, hundiéndose á cierta profundidad, y resultando una caida de agua, una catarata, un salto lleno de espuma y de luces; así puede interrumpirse bruscamente un conductor, y su falta de continuidad será como un salto y una catarata para el flúido etéreo, y la chispa eléctrica al saltar será como el agua al caer y engendrará la luz por lo rápido y lo violento de la vibracion. La corriente eléctrica, en este caso, engendra la luz voltaica ó de arco voltaico.

Una lámpara para esta clase de luz compónese de *dos carbones,* cada uno en comunicacion con una parte del hilo metálico por donde circula la corriente, y á cierta distancia sus extremos. Estos carbones podrán estar en una misma línea, horizontal ó vertical; ó podrán ser paralelos y estar separados por un aislador; ó serán simplemente paralelos sin sustancia alguna intermedia; ó formaran ángulo; ó constituirán las aristas de una pirámide; ya estos ángulos tendran su vértice hácia la parte inferior, ya estarán invertidos; á veces uno de los carbones será una barra y el otro constituirá una superficie á la cual se aplicará el primero; se compensará el desgaste de los carbones haciéndoles avanzar por aparatos de relojería, ó avanzarán espontáneamente; y se combinarán todos estos sistemas de cien y cien maneras resultando esa serie de invenciones que se llaman, lámpara ó regulador Harrison, regulador Foucault, regulador Duboscq, regulador Serrin, regulador Bürguin, regulador Jaspar, regulador Carré, lámpara de derivacion de Lontin, y de Gramme, y de Wallace Farmer, lámpara diferencial de Siemens, lámpara Gerard, lámpara Brush, lámpara Weston, bujías Jablochkoff, sistema Rapief, sistema Reynier, sistema de carbones oblícuos de Gerard, bujía Wilde, bujía Jamin, bujía Debrun y otras cien variantes, y combinaciones, y sistemas. Pero siempre tendremos dos carbones cuyas puntas estarán mas ó ménos separadas constituyendo un salto eléctrico, y una corriente que salta en efecto de una á otra punta arrastrando partecillas mínimas de carbon, creando un verdadero arco ó atmósfera, y haciendo vibrar en ella las partículas desprendidas con la rapidez necesaria para engendrar la luz.

Otras veces el rio de éter circula sin discontinuidad por una fibra de carbon que constituye parte del conductor; pero en él encuentra obstáculos que se le oponen y hace vibrar la fibra, y engendra la luz, de donde resultan las lámparas de incandescencia. De igual suerte que cuando un filete de agua va impetuoso por un cauce en que hay piedrecillas, y cascajo, y pequeños obstáculos, se riza de blanca espuma, así la corriente miéntras va por el hilo metálico, que es para el éter fácil camino y cauce suavísimo, corre silenciosa y tranquila sin dar muestras de sí, pero cuando le falta de pronto y tiene que atravesar un nuevo cauce compuesto de átomos de carbon con intervalos, y saltos moleculares, se embravece, y se encrespa y se cubre por decirlo así de luminosa espuma. Imaginad que estos filamentos de carbon, son fibras carbonizadas de bambú, ó de papel, ó de algodon, ó de cualquier tejido vegetal que á ello se preste; encerradlas en una pequeña ampolla de cristal en que préviamente hagais el vacío para que el oxígeno del aire no oxide al carbon y lo consuma; dad al filamento carbonizado tal ó cual forma, una herradura, una especie de M, un tirabuzon con dos ramas que le unan á los conductores y tendreis las lámparas Edisson, Swan, Maxim, y Lane-Fox: en suma, todas las que se llaman, como queda dicho, lámparas de incandescencia.

Una especie de sistema intermedio entre las lámparas de arco voltaico y las de incandescencia en el vacío, ha engendrado otra serie de invenciones conocidas con el nombre genérico de lámparas de semi-incandescencia ó de incandescencia al aire libre. Así resulta la lámpara Reynier, la de Werderman, la de Ducretet, la de Clamoud, la célebre lámpara Soleil, y algunas otras análogas á las citadas. Y aquí termina la *enumeracion* y lo que por hoy podemos decir de la luz eléctrica, sin perjuicio de insistir sobre esto mismo en ocasion oportuna.

Tras la aplicacion de la electricidad á la luz viene su aplicacion para el trasporte de fuerza. Hagamos otra enumeracion más.

Una polea recibe la accion de un motor y gira; pero el trabajo engendrado no ha de utilizarse en el mismo eje de la polea, se necesita á distancia de algunos metros, ó de algunos centenares de metros, y necesarias son en caso tal *correas, cadenas* ó *cables* de trasmision, que lleven la accion de la polea á otra segunda y la pongan en movimiento. Pues bien, *una máquina de induccion* recibiendo la fuerza de un motor en un extremo, en el extremo en que el motor se halla; y *otra máquina igual* en el extremo opuesto, á unos cuantos kilómetros del primero, en el punto en que la fuerza ha de utilizarse; y un conductor entre ambas constituyen algo parecido á las dos poleas unidas por una correa que acabamos de presentar como ejemplo. Las dos máquinas magneto-eléctricas y dinamo-eléctricas son las poleas, el alambre la correa que las une, la electricidad la fuerza que circula.

El motor, sea hidráulico, ó térmico, ó aéreo, ó como fuere, pone en la primera máquina, en rapidísimo movimiento, el ovillo metálico ó manojo de alambres, de que hablábamos en uno de nuestros precedentes artículos, en presencia del sistema inductor, es decir dentro del campo magnético; la electricidad se desarrolla, corre por el hilo y llega al segundo ovillejo metálico de la segunda máquina; y por esa ley eterna de la física, que proclama la reaccion igual y contraria á la accion, y por esa admirable propiedad de las máquinas Gramme y sus análogas de poder invertir sus acciones, el segundo ovillo de metal entra en rapidísimo movimiento de rotacion: la energía del punto de orígen ha llegado pues y ha sido trasmitida al punto extremo en que la aplicacion ha de verificarse. Y hé aquí resuelto el problema del transporte de fuerza á muchos kilómetros de distancia, problema capital, solucion admirable, y trasformacion importantísima de no pocas industrias.

La creacion de los grandes motores arrancó á obreros y obreras de sus pobres viviendas y los reunió en las grandes fábricas creando el socialismo industrial enemigo de la familia; la electricidad distribuye á domicilio la fuerza, vuelve la familia al hogar, y efectúa un movimiento inverso del precedente. El vapor fué elemento de centralizacion; el flúido eléctrico trae una doble virtualidad: centraliza las potencias naturales, y despues las divide y reparte.

Por hoy no podemos decir más sobre este trascendental aspecto de la cuestion.

Y en cuanto á sistemas, no hay para qué enumerarlos; cuantas máquinas de induccion hemos citado son aplicables al trasporte de fuerza: dos máquinas magneto ó dinamo-eléctricas unidas por un conductor, hé aquí todo: la primera engendra la corriente convirtiendo la fuerza en electricidad, el hilo la trasmite, la segunda vuelve á convertir la corriente en fuerza.

Y con lo dicho tenemos ya enunciadas dos aplicaciones fundamentales: *la luz, la fuerza.*

Terminemos rápidamente con las restantes.

JOSÉ ECHEGARAY



FEDERICO PRELLER

El lugar que Federico Preller ocupa en Alemania como pintor poético é histórico, particularmente de paisaje, es muy honorífico; por sus obras ha establecido principios que con más ó ménos resultado influyeron en las artes de Europa. Preller nació en 1804 en Eisenach. Niño aún, trasladóse con sus padres, que eran muy pobres, á la inmediata capital de Weimar, emporio entónces de la poesía, de la filosofía y de las artes. En su primera juventud, Preller habia ya dado pruebas de talento, que le valieron el aplauso y estímulo de las personas inteligentes.

Dos años de estudio en Amberes bastaron para poner al jóven artista en buen camino, y al volver á Weimar llevó tan eficaz recomendacion del director de la Academia, Van Bree, que el duque y Goethe se interesaron muchísimo por el naciente artista, tanto, que se resolvió enviarle á Italia pensionado por tres años.

Preller encontró en Italia su bello ideal, pero no fácilmente, sino á costa de un detenido estudio. Goethe le habia aconsejado que se familiarizase con las artes más puras de las pasadas edades, y el jóven lo hizo así.

El mismo Preller dice que al llegar á Roma en 1828, fué cuando se abrió un nuevo mundo para él; bien es verdad que en aquella época la ciudad de las siete colinas era una gran escuela.

El protegido de Goethe quiso ser á la vez pintor de paisaje y de figura, y aunque al principio se dedicó particularmente al primero, hizo despues lo posible para armonizarle con lo segundo y obtener un agradable conjunto. Preller obtuvo más bien sus triunfos por perfeccionar lo que otros habian hecho que por idear un nuevo estilo; y uno de sus principales méritos consistió en expresar por medio del arte pictórico ciertas ideas que alimentaban los grandes hombres de su época. Entre las obras literarias más notables de aquel tiempo, figuraban los dramas de Goethe y de Schiller; sus interesantes argumentos, los grandes hechos históricos y las escenas trágicas ofrecian al artista ancho campo para buscar sus inspiraciones; y en la *Odisea* de Homero, sobre todo, halló sabroso pasto para desarrollarlas, como lo indican los grabados que ilustran este artículo.

Preller era poco admirador del antiguo arte aleman; su amor á las bellas formas, á la simetría y á la belleza típica, le indujo á fijarse en las estatuas griegas, inspirándole grandes simpatías el renacimiento clásico, tal como le representaba Thorwaldsen.

En 1831 el artista volvió á Weimar, y un año despues murió su protector Goethe, dejándole aislado en el mundo. En esta época el pintor estaba escaso de recursos; sus paisajes ideales no se apreciaban aún desgraciadamente en lo que valian; sus frescos del palacio del duque llamaban poco la atencion; todas estas circunstancias le indujeron á entregarse al naturalismo; y llegado el año 1840, marchó á Noruega. Allí pintó con afan paisajes, pues tuvo la suerte de hallar otro protector; aficionóse á los mares agitados y al cielo tempestuoso; y la lucha de los elementos desarrolló su imaginacion. Una de las obras maestras que en aquella época hizo ocupa un lugar preferente en el Museo de Weimar. Sin embargo, Preller tenia la conviccion de que áun era capaz de ir más léjos en su carrera, y al cabo de un cuarto de siglo pensó que áun no habia llenado su mision.

El artista habia consagrado todos sus esfuerzos durante largos años á reproducir las ficciones de la *Odisea* de Homero: las pinturas que adornan las galerías del nuevo Museo de Weimar dan á conocer suficientemente cómo supo interpretarlas el artista. El colorido es brillante; el conjunto rico en detalles, y la ejecucion fácil y esmerada. Las pinturas con que Preller enriqueció dicho Museo reproducen toda la narracion de Homero, comenzando desde la salida de Ulises de Troya hasta su regreso á Itaca. De los cuatro grabados que reproducimos en esta página, el primero representa á los compañeros del héroe en la costa del país de los Cíclopes, viéndose al furioso Polifemo en una altura, amenazando con la venganza; en el segundo figúrase á las seductoras sirenas tratando de atraer á los viajeros á tierra; en el tercero represéntase la isla de Calipso y la despedida de Ulises y de la ninfa; y el cuarto pinta al héroe disfrazado de mendigo y descubriéndose á su hijo Telémaco, despues de ser reconocido por su perro.

En 1858, los cartones de Federico Preller, enviados á la exposicion de Munich, fueron apreciados al fin en lo que valian, mereciendo grandes elogios en los círculos artísticos.

Las bien acabadas pinturas de Weimar han sido sinceramente elogiadas por los críticos alemanes: dicen que en ellas las figuras y el paisaje forman un armonioso conjunto, en el cual la historia se asocia con la poesía y el idilio se combina con el estilo épico, conciliándose lo romántico con lo clásico. E. V.



ULISES EN EL PAÍS DE LOS CÍCLOPES



ULISES Y LAS SIRENAS



ULISES Y CALIPSO



ULISES Y TELÉMACO

IMP. DE MONTANER Y SIMON

REGALO DE BODA

